

ICARO

Hacia un día espléndido. El sol brillaba tenue mecido por una ligera brisa y las hojas que el otoño había robado a los árboles canturreaban una risueña cancioncilla a lo largo de las calles de Madrid. Me dirigía con pequeños pasos a casa de mi vieja tía Aurora totalmente distraída en el rumor del viento y en el brillo de los escaparates que suelen adornar a las grandes ciudades mientras los demás se apresuraban en llegar a tiempo a sus respectivos puestos de trabajo como una marabunta de hormigas que entraban y salían del metro al unísono, agolpándose en las calles más céntricas de la ciudad. Aurora no vivía más que a dos manzanas desde mi casa; era una mujer mayor de expresión tranquila y serena cuyos ojos azules y brillantes parecían traspasar los cuerpos y leer las mentes de las personas, de estatura baja y menuda, sin embargo, poseía una gran fuerza en los brazos, sus manos delataban cansancio contrastando con su vaporosa sonrisa lisonjera de matices imprecisos. Era una mujer cautelosa que tenía la capacidad de hacer que los problemas parecieran más pequeños y dar consejos extremadamente útiles siempre y cuando la muerte no fuera el problema, en cuyo caso, solía decir, no había nada que hacer.

Estaba totalmente deprimida y sabía que mi vieja tía conseguiría hacerme sonreír ligeramente pero me encontré con la puerta cerrada, así, pues, me dirigí al parque del retiro con la esperanza de encontrar algo de sosiego paseando por sus largas avenidas y distraiendo mi atención en los pequeños detalles que adornaban el parque mientras el viento jugaba con mi pelo. Mis padres eran bastante permisivos conmigo, tenían un concepto de mí bastante alejado de lo convencional, siempre estaban alabando mi sentido de la responsabilidad y mi autoexigencia, así que, decidí abusar de su tolerancia y no ir a clase por un día. El parque del retiro estaba precioso y desierto ese día. Solo los más osados y los ancianos paseaban por sus largas avenidas. Había un puestecillo ambulante que vendía pulseras, anillos, pendientes y otras baratijas; más adelante encontré un par de músicos que tocaban la guitarra y el saxofón a cambio de la voluntad y un poco de reconocimiento social. El lago estaba tranquilo, sin patos a la vista y con decenas de peces sobreviviendo en el agua verdosa y sucia llena de arena y hojas. Me quedé ensimismada mirando el movimiento de los peces y pensando que daba igual perder el tiempo aquí que sentada en un pupitre escuchando por tercera vez la herencia que nos había dejado el Imperio Romano. A lo lejos un hombre se alzaba sobre un cajón de madera al otro lado del lago, justo enfrente de mí, tenía la cara pintada de blanco y un traje poco convencional, un fino jersey de rayas blancas y negras y unos pantalones negros sujetos con tirantes del mismo color. Sin duda, el traje típico de un mino. Se paro y me miro con insistencia, miro al lago unos instantes y me saluda con la mano. Respondí al saludo sonriendo y él me indico que me acercara con otra señal de su mano. Camine hacia él sin prisa bordeando la barandilla del lago hasta encontrarme a su lado. Era un chico guapo, alto, pero no demasiado, moreno, de ojos grandes y oscuros. Se acerco a mí y me hizo una reverencia, como los caballeros hacían antiguamente a las damas, besándome la mano. Sonreí. Luego se llevo la mano al pecho y se inclino levemente, busco algo en su cajón de madera y me dio una flor de papel roja. Acepte, la olí como si fuera de verdad y le seguí el juego poniéndome la mano en el pecho y alzándola luego al aire; él la cogio y cogio mi otra mano y nos pusimos a bailar en medio del camino. Yo no sabía bailar, así intente no pisarle los pies a medida que él me llevaba con el ritmo de una música invisible. Era un poco raro pero tengo que reconocer que era divertido. Dimos unos cuantos pasos de baile y luego me abrazo fuertemente, nos separamos y nos quedamos mirándonos a los ojos, me acaricio la

mejilla suavemente y me dio un breve beso en los labios, apenas los rozo, pero eso me hizo apartarme aunque no de manera violenta y volver a la realidad.

– Tengo que irme- dije apresuradamente, llena de nerviosismo; sin embargo no me moví.

Él se llevo las manos a los ojos y empezó a hacer pucheros de forma exagerada. Mire hacia los lados, nadie parecía extrañarse de la situación. Olvide lo del beso y le cogí las manos apartándolas de sus ojos sonriéndole un poco sonrojada. Él me abrazo de nuevo y me hizo girar en el aire sujeta en sus brazos, eso me hizo reír.

– ¿Cómo te llamas?- le pregunte

Alzo su dedo índice y escribió en la arena:“ICARO”. Luego hubo un silencio incomodo, mire hacia adelante, al camino casi desierto, tan solo había unas cuantas personas de mediana edad sacando a pasear al perro mirando hacia el suelo o medio dormidos vigilando los pasos de su mascota. No se me ocurrió nada que decir y el silencio se volvió más tenso. Me lleve los dedos a los labios y le mande un beso de despedida, él cogió mi mano y la volvió a besar inclinándose. Me marche, pero a los dos metros no pude resistirme y me volví para verle. Se despidió de mí con la mano y yo le correspondí con el mismo gesto. Ahora caminaba más deprisa como si me persiguiera alguien de cerca e intentará darle esquinazo. No sé porque tenía prisa; el paseo apacible se había transformado en algo mucho más importante y eso me daba miedo. Me daba miedo y me gustaba. Sonreí y me dí cuenta que esa sensación de agocho, de vacío había desaparecido por arte de magia. Ya no estaba deprimida lo más mínimo, es más, no sé por qué motivo no podía parar de sonreír a cada zancada que daba.

Podía haber vuelto, podía haberle dicho mi nombre, haberle dado mi número de teléfono, que sé yo... pero me quede paralizada, atontada, no supe reaccionar. Ahora pensaba en volver al día siguiente, a lo mejor iba allí todos los días a la misma hora, a lo mejor me recordaría. Imagine cómo sería él, cómo sería su voz, cómo cambiaría mi vida,...

Estaba tentando la suerte pero, aunque el miedo no había desaparecido, tenía que intentarlo. A lo mejor mis padres ya no me verían tan autoexigente y responsable como ellos creían pero hoy tampoco iría a clase. Creí estar haciendo algo malo transgrediendo las normas, mintiendo a mis padres, fingiendo qué nada pasaba, que hoy era como ayer pero tenía que intentarlo. Había pasado toda la noche pensando en ello y estaba decidida a ir al parque, a hablar con Icaro, como sea, con gestos y a escaparnos lejos del mundo, de la tristeza, de la monotonía.

Al llegar a las puertas del retiro, vacile, el miedo otra vez me acechaba, quizás fuera mejor olvidar todo aquel asunto y comportarme como una buena chica, como todo el mundo espera que me comporte. Suspire y entre. Hice el mismo recorrido que el día anterior pero mirando nerviosamente el reloj de vez en cuando. Me tropecé igualmente con el puestecillo de bisutería, con las largas avenidas, con los músicos y pareciera que allí estaban también los mismo ancianos dando de comer a las palomas y las mismas personas paseando al perro. Todo se repetía y eso me hizo pensar que Icaro también estaría allí, al otro lado del lago, pero cuando me asome a la barandilla, justo en el mismo lugar que ayer, no vi a nadie, bueno vi gente, pero no estaba él. ¿Dónde se habría metido? ¿Me habría equivocado de sitio?. Bordee la barandilla por el lado derecho, luego retrocedí sobre mis pasos y camine por el lado izquierdo. Nada. Me maree buscándole. Recorrí toda la barandilla, espere al otro lado, por si se hubiera retrasado, mire el reloj y pensé que a estas horas la profesora de ciencias naturales estaría pasando lista, ¡bah!, ya nada me importaba. Me marche enfadada, enfadada con él y enfadada conmigo, ¿qué tonta fui? ¿por qué no hice nada?. Jure que nunca, nunca más sería tan tonta, que jamás perdería una oportunidad como aquella, que nunca más se marcharía un tren ante mis narices. Nunca, nunca más.

Fin

Autor: M. Sánchez